

que recibió con su vista. Subieron las gitanillas todas, sino la grande, que se quedó abajo para informarse de los criados de las verdades de Andres.

Al entrar las gitanillas en la sala, estaba diciendo el caballero anciano á los demas:

—Esta debe de ser sin duda la Gitanilla hermosa que dicen que anda por Madrid.

—Ella es,—replicó Andres,—y sin duda es la más hermosa criatura que se ha visto.

—Así lo dicen,—dijo Preciosa (que lo oyó todo en entrando);—pero en verdad que se deben de engañar en la mitad del justo precio: bonita, bien creo que lo soy, pero tan hermosa como dicen, ni por pienso.

—Por vida de don Juanico mi hijo,—dijo el anciano,—que aún sois más hermosa de lo que dicen, linda gitana.

—Y ¿quién es don Juanico su hijo?—preguntó Preciosa.

—Ese galan que está á vuestro lado,—respondió el caballero.

—En verdad que pensé,—dijo Preciosa,—que juraba vuesa merced por algun niño de dos años: mirad qué don Juanico, y qué brinco. A mi verdad que pudiera ya estar casado, y que segun tiene unas rayas en la frente, no pasarán tres años sin que lo esté, y muy á su gusto, si es que desde aquí allá no se le pierde, ó se le trueca.

—Basta,—dijo uno de los presentes:—¿qué sabe la Gitanilla de rayas?

En esto las gitanillas que iban con Preciosa, todas tres se arriaron á un rincon de la sala, y cosiéndose las bocas unas con otras, se juntaron por no ser oidas. Dijo la Cristina:

—Muchachas, este es el caballero que nos dió esta mañana los tres reales de á ocho.

—Así es la verdad,—respondieron ellas;—pero no se lo mentemos, ni le digamos nada si él no nos lo mienta: ¿qué sabemos si quiere encubrirse?

En tanto que esto entre las tres pasaba, respondió Preciosa á lo de las rayas:

—Lo que veo con los ojos con el dedo lo adevino: yo sé del se-

ñor don Juanico, sin rayas, que es algo enamorado, impetuoso y acelerado, y gran prometedor de cosas que parecen imposibles; y plegue á Dios que no sea mentiroso, que sería lo peor de todo. un viaje ha de hacer agora muy léjos de aquí, y uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla: el hombre pone, y Dios dispone: quizá pensará que va á Oñez, y dará en Gamboa.

A esto respondió don Juan:

—En verdad, gitanica, que has acertado en muchas cosas de mi condicion; pero en lo de ser mentiroso vas muy fuera de la verdad, porque me precio de decirla en todo acontecimiento: en lo del viaje largo has acertado, pues sin duda, siendo Dios servido, dentro de cuatro ó cinco dias me partiré á Flándes, aunque tú me amenazas que he de torcer el camino, y no querría que en él me sucediese algun desman que lo estorbese.

—Calle, señorito,—respondió Preciosa,—y encomiéndose á Dios, que todo se hará bien; y sepa que yo no sé nada de lo que digo; y no es maravilla, que como hablo mucho y á bulto, acierte en alguna cosa, y yo querría acertar en persuadirte á que no te partieses, sino que sosegases el pecho, y te estuvieses con tus padres para darles buena vejez, porque no estoy bien con estas idas y venidas á Flándes, principalmente los mozos de tan tierna edad como la tuya: déjate crecer un poco para que puedas llevar los trabajos de la guerra, cuanto más que harta guerra tienes en tu casa, hartos combates amorosos te sobresaltan el pecho: sosiega, sosiega, alborotadito, y mira lo que haces primero que te cases, y danos una limosnita por Dios, y por quien tú eres, que en verdad que creo que eres bien nacido; y si á esto se junta el ser verdadero, yo cantaré la gala al vencimiento de haber acertado en cuanto te he dicho.

—Otra vez te he dicho, niña,—respondió el don Juan, que habia de ser Andres Caballero,—que en todo aciertas, sino en el temor que tienes que no debo de ser muy verdadero, que en esto te engañas sin alguna duda: la palabra que yo doy en el campo, la cumpliré en la ciudad, y adonde quiera, sin serme pedida; pues no se puede preciar de caballero quien toca en el vicio de mentiroso: mi padre te dará limosna por Dios y por mí, que en verdad que esta mañana di

cuanto tenía á unas damas, que á ser tan lisonjeras como hermosas, especialmente una dellas, no me arriendo la ganancia.

Oyendo esto Cristina, con el recato de la otra vez, dijo á las demás gitanas:

—¡Ay, niñas, que me maten si no lo dice por los tres reales de á ocho que nos dió esta mañana!

—No es así,—respondió una de las dos,—porque dijo que eran damas, y nosotras no lo somos: y siendo él tan verdadero como dice, no habia de mentir en esto.

—No es mentira de tanta consideracion,—respondió Cristina,—la que se dice sin perjuicio de nadie y en provecho y crédito del que la dice; pero con todo esto, veo no nos da nada, ni nos manda bailar.

Subió en esto la gitana vieja, y dijo:

—Nieta, acaba, que es tarde, y hay mucho que hacer y más que decir.

—Y ¿qué hay, abuela,—preguntó Preciosa,—hay hijo ó hija?

—Hijo, y muy lindo,—respondió la vieja:—ven, Preciosa, y oirás verdaderas maravillas.

—Plega á Dios que no muera de sobreparto,—dijo Preciosa.

—Todo se mirará muy bien,—replicó la vieja,—cuanto más que hasta aquí todo ha sido parto derecho, y el infante es como un oro.

—¿Ha parido alguna señora?—preguntó el padre de Andres Caballero.

—Sí, señor,—respondió la gitana,—pero ha sido el parto tan secreto, que no le sabe sino Preciosa, y yo, y otra persona; y así no podemos decir quién es.

—Ni aquí lo queremos saber,—dijo uno de los presentes;—pero desdichada de aquella que en vuestras lenguas deposita su secreto y en vuestra ayuda pone su honra.

—No todas somos malas,—respondió Preciosa:—quizá hay alguna entre nosotras que se precia de secreta, y de verdadera, tanto cuanto el hombre más estirado que hay en esta sala: y vámonos, abuela, que aquí nos tienen en poco; pues en verdad que no somos ladronas, ni rogamos á nadie.

—No os enojeis, Preciosa,—dijo el padre,—que á lo ménos de

vos imagino que no se puede presumir cosa mala; que vuestro buen rostro os acredita y sale por fiador de vuestras buenas obras: por vida de Preciosita, que baileis un poco con vuestras compañeras, que aquí tengo un doblon de oro de á dos caras, que ninguna es como la vuestra, aunque son de dos reyes.

Apénas hubo oído esto la vieja, cuando dijo:

—Ea, niñas, haldas en cinta, y dad contento á estos señores.

Tomó las sonajas Preciosa, y dieron sus vueltas, hicieron y deshicieron todos sus lazos con tanto donaire y desenvoltura, que tras los piés se llevaban los ojos de cuantos las miraban, especialmente los de Andres, que así se iban entre los piés de Preciosa, como si allí tuvieran el centro de su gloria; pero turbósele la suerte de manera que se la volvió en infierno; y fué el caso que en la fuga del baile se le cayó á Preciosa el papel que le habia dado el paje, y apénas hubo caído, cuando le alzó el que no tenía buen concepto de las gitanas, y abriéndole al punto dijo:

—Bueno, sonetico tenemos, cese el baile, y escúchenle, que segun el primer verso, en verdad que no es nada necio.

Pesóle á Preciosa, por no saber lo que en él venia, y rogó que no le leyesen y que se le volbiesen, y todo el ahinco que en esto ponía, eran espuelas que apremiaban el deseo de Andres para oírle. Finalmente, el caballero le leyó en alta voz, y era éste:

Cuando Preciosa el panderete toca,
Y hiere el dulce són los aires vanos,
Perlas son que derrama con las manos,
Flores son que despide de la boca:

Suspensa el alma, y la cordura loca
Queda á los dulces actos sobrehumanos,
Que de limpios, de honestos y de sanos
Su fama al cielo levantado toca.

Colgadas del menor de sus cabellos
Mil almas lleva, y á sus plantas tiene
Amor rendidas una y otra flecha;

Ciega, y alumbra con sus soles bellos,
Su imperio amor por ellos le mantiene,
Y aún más grandezas de su sér sospecha.

—Por Dios,—dijo el que leyó el soneto,—que tiene donaire el poeta que le escribió.

—No es poeta, señor, sino un paje muy galan y muy hombre de bien,—dijo Preciosa.

—Mirad lo que habeis dicho, Preciosa, y lo que vais á decir, que esas no son alabanzas del paje, sino lanzas que traspasan el corazon de Andres que las escucha: ¿quereislo ver, niña? Pues volved los ojos y veréisle desmayado encima de la silla con un trasudor de muerte; no penseis, doncella, qué os ama tan de burlas Andres, que no le hiera y sobresalte el menor de vuestros descuidos: llegaos á él enhorabuena, y decilde algunas palabras al oido que vayan derechas al corazon, y le vuelvan de su desmayo: no, sino andaos á traer sonetos cada dia en vuestra alabanza, y veréis cuál os le ponen.

Todo esto pasó asi como se ha dicho, que Andres en oyendo el soneto, mil celosas imaginaciones le sobresaltaron; no se desmayó, pero perdió la color de manera que viéndole su padre, le dijo:

—¿Qué tienes, don Juan, que parece que te vas á desmayar, segun se te ha mudado el color?

—Espérense,—dijo á esta sazón Preciosa,—déjenmele decir unas ciertas palabras al oido, y verán cómo no se desmaya.

Y llegándose á él le dijo casi sin mover los labios:

—¡Gentil ánimo para gitano! ¿Cómo podréis, Andres, sufrir el tormento de toca, pues no podeis llevar el de un papel?

Y haciéndole media docena de cruces sobre el corazon, se apartó dél; y entonces Andres respiró un poco, y dió á entender que las palabras de Preciosa le habian aprovechado. Finalmente, el doblon de dos caras se le dieron á Preciosa; y ella dijo á sus compañeras que le trocaria y repartiria con ellas hidalgamente. El padre de Andres le dijo que le dejase por escrito las palabras que habia dicho á don Juan, que las queria saber en todo caso. Ella dijo que las diria de muy buena gana, y que entendiesen que, aunque parecian cosa de burla, tenian gracia especial para preservar del mal el corazon y los vaguidos de cabeza, y que las palabras eran:

Cabecita, cabecita,

Tente en tí, no te resbales,

Y apareja dos puntales

De la paciencia bendita.

Solicita

La bonita

Confiacita,

No te inclines

A pensamientos ruines,

Verás cosas

Que toquen en milagrosas,

Dios delante

Y San Cristóbal gigante.

—Con la mitad destas palabras que le digan, y con seis cruces que le hagan sobre el corazon á la persona que tuviere vaguidos de cabeza,—dijo Preciosa,—quedaré como una manzana.

Cuando la gitana vieja oyó el ensalmo y el embuste, quedó pasmada, y más lo quedó Andres, que vió que todo era invencion de su agudo ingenio. Quedáronse con el soneto, porque no quiso pedirle Preciosa, por no dar otro tártago á Andres, que ya sabia ella sin ser enseñada lo que era dar sustos, martelos y sobresaltos celosos á los rendidos amantes. Despidiéronse las gitanas, y al irse dijo Preciosa á don Juan:

—Mire, señor, cualquiera dia de esta semana es próspero para partidas, y ninguno es aciago; apresure el irse lo más presto que pudiere, que le aguarda una vida ancha, libre y muy gustosa, si quiere acomodarse á ella.

—No es tan libre la del soldado, á mi parecer,—respondió don Juan,—que no tenga más de sujecion que de libertad; pero con todo esto haré como viere.

—Más veréis de lo que pensais,—respondió Preciosa,—y Dios os lleve y traiga con bien como vuestra buena presencia merece.

Con estas últimas palabras quedó contento Andres, y las gitanas se fueron contentísimas: trocaron el doblon, repartieronle entre todas igualmente, aunque la vieja guardiana llevaba siempre parte y media de lo que se juntaba, así por la mayoridad, como por ser ella el aguja por quien se guiaban en el maremagno de sus bailes, donaires y aún de sus embustes.

Llegóse en fin el día que Andres Caballero se apareció una mañana en el primer lugar de su aparecimiento sobre una mula de alquiler, sin criado alguno; halló en él á Preciosa y á su abuela, de las cuales conocido, le recibieron con mucho gusto. Él les dijo que le guiasen al rancho ántes que entrase el día, y con él se descubriesen las señas que llevaba, si acaso le buscasen; ellas, que como advertidas vinieron solas, dieron la vuelta y de allí á poco rato llegaron á sus barracas: entró Andres en una, que era la mayor del rancho, y luégo acudieron á verle diez ó doce gitanos, todos mozos y todos gallardos y bien hechos, á quien ya la vieja habia dado cuenta del nuevo compañero que les habia de venir, sin tener necesidad de encomendarles el secreto, que como ya se ha dicho, ellos le guardan con sagacidad y puntualidad nunca vista: echaron luégo ojo á la mula, y dijo uno dellos:

—Esta se podrá vender el juéves en Toledo.

—Eso no,—dijo Andres,—porque no hay mula de alquiler que no sea conocida de todos los mozos de mulas que trajinan por España.

—Par Dios, señor Andres,—dijo uno de los gitanos,—que aunque la mula tuviera más señales que las que han de preceder al día tremendo, aqui la trasformarémos de manera que no la conociera la madre que la parió, ni el dueño que la ha criado.

—Con todo eso,—respondió Andres,—por esta vez se ha de seguir y tomar el parecer mio: á esta mula se le ha de dar muerte, y ha de ser enterrada donde áun los huesos no parezcan.

—Pecado grande,—dijo otro gitano:—¿á una inocente se ha de quitar la vida? No diga tal el buen Andres, sino haga una cosa: mírela bien agora, de manera que se le queden estampadas todas sus señales en la memoria, y déjenmela llevar á mí, y si de aqui á dos horas la conociere, que me lardeen como á negro fugitivo.

—En ninguna manera consentiré,—dijo Andres,—que la mula no muera, aunque más me aseguren su trasformacion; yo temo ser descubierto, si á ella no la cubre la tierra: y si se hace por el provecho que de venderla puede seguirse, no vengo tan desnudo á esta cofradía que no pueda pagar de entrada más de lo que valen cuatro mulas.

—Pues así lo quiere el señor Andres Caballero,—dijo otro gitano,—muera la sin culpa, y Dios sabe si me pesa, así por su mocedad, pues aún no ha cerrado, cosa no usada entre las mulas de alquiler, como porque debe ser andariega, pues no tiene costras en las ijadas, ni llagas de la espuela.

Dilatóse su muerte hasta la noche, y en lo que quedaba de aquel día se hicieron las ceremonias de la entrada de Andres á ser gitano, que fueron: desembarazaron luégo un rancho de los mejores del aduar, y adornáronle de ramos y juncia, y sentándose Andres sobre un medio alcornoque, pusieronle en las manos un martillo y unas tenazas, y al són de dos guitarras que dos gitanos tañian, le hicieron dar dos cabriolas: luégo le desnudaron un brazo, y con una cinta de seda nueva y un garrote le dieron dos vueltas blandamente.

A todo se halló presente Preciosa y otras muchas gitanas viejas y mozas, que las unas con maravilla, otras con amor le miraban: tal era la gallarda disposicion de Andres, que hasta los gitanos le quedaron aficionadísimos. Hechas, pues, las referidas ceremonias, un gitano viejo tomó por la mano á Preciosa, y puesto delante de Andres, dijo:

—Esta muchacha, que es la flor y la nata de toda la hermosura de las gitanas que sabemos que viven en España, te la entregamos, ya por esposa, ó ya por amiga, que en esto puedes hacer lo que fuere más de tu gusto, porque la libre y ancha vida nuestra no está sujeta á melindres ni á muchas ceremonias: mírala bien, y mira si te agrada, ó si ves en ella alguna cosa que te descontente, y si la ves, escoge entre las doncellas que aquí están la que más te contentáre, que la que escogieres te darémos; pero has de saber que una vez escogida, no la has de dejar por otra, ni te has de empachar ni entremeter ni con las casadas, ni con las doncellas: nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prenda del otro; libres y exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos: entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningun adulterio; y cuando le hay en la mujer propia, ó alguna bellaquería en la amiga, no vamos á la justicia á pedir castigo; nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas ó amigas: con la mis-